Para Madai Murillo

EL FIN DEL MUNDO

¡Mira, ya abrieron el área de comida!

Miré por la ventana. Los pilares pasaron rápidamente frente a mí y en los espacios entre ellos observé el bullicio de las personas en las mesas y caminando de un lado a otro con charolas de comida rápida.

¡Quedó hermosa! Pero ¿ya viste cómo está de llena? Hay que esperar a que pase de moda para venir a conocerla.

¡No! Hay que venir cuando regresemos de comprar el regalo, ¿sí? Me muero por comer ahí desde que la estaban construyendo.

¿Por qué no venimos mejor otro día? Hoy ya habíamos dicho que íbamos a comer...

¡Aaaah! ¡Tiene un McDonald's! ¡Aaaah!

Tururú

El metro se detuvo y abrió sus puertas y ambas nos apresuramos a salir del vagón antes de que el tumulto comenzara la pelea por entrar. Mi amiga me tomó de la mano y caminamos por el pasillo, más allá de las tiendas y negocios, hasta un túnel muy poco iluminado del que entraban y salían dos ríos de gente en direcciones contrarias. Nos unimos a la corriente que entraba y al acercarnos a la penumbra se hizo presente una voz que emergía de los altavoces del techo. Levanté la cabeza y miré la luz de las imágenes ilustradas sobre mí, que relataban el pasado como antes las constelaciones en el

firmamento.

"*...durante los acontecimientos que los historiadores del presente conocen como 'El fin del mundo'...*"

Las imágenes sobre nosotras mostraban una tierra verde y viva, que a medida que avanzábamos se convertía poco a poco en el basurero naranja y estéril que yo conocía.

"*...finalmente, la disminución exagerada de la calidad del aire y el pésimo manejo de los residuos inorgánicos que ahora recubren el suelo y el agua terminó por destruir el equilibrio existente en lo que se conoce como el Punto de inflexión, a partir del cual la atmósfera terrestre dejó de ser habitable para los seres humanos y para prácticamente cualquier tipo de vida orgánica como la conocíamos...*"

Bla, bla, bla. Odio este transborde, es eterno y siempre está esa grabación pedorra. Hasta me la sé de memoria - Mi amiga me miró fingiendo seriedad y recitó al mismo tiempo que la voz del cielo:

Las concentraciones de metano, azufre y dióxido de carbono que ahora saturan el aire impiden que incluso las plantas más resistentes a las condiciones adversas sobrevivan más allá de un par de días. Las cantidades de oxígeno y nitrógeno aprovechables en la atmósfera no son suficientes para que florezca la vida como alguna vez lo hizo y esta misma falta de vida evita la recuperación de la atmósfera habitable.

Jajaja

Modificó el semblante de su rostro, esta vez exagerando compasión y optimismo, y dijo con la voz del techo haciendo eco:

Pero ni siquiera El fin del mundo es el fin del mundo. ¡Solo nosotros podemos recuperar nuestro antiguo hogar! El gobierno de la ciudad, en conjunto con la Confederación de sociedades subterráneas y las organizaciones sin fines de lucro... Ay, siempre se me olvida el nombre de esas. Es que tienen nombres de personas...

"...¡Recuerda que el futuro está en tus manos!"

La grabación terminó con un crujido y comenzó nuevamente de inmediato, abriendo con La primavera de Vivaldi, que resonó en mi cabeza mientras observaba la última imagen del techo, que describía la tierra exactamente como la conocía. Y entonces salimos del túnel. Mi amiga me tomó nuevamente de la mano y continuamos por un pasillo muy largo y recto repleto de tiendas y puestos ambulantes en los costados. Nos hicimos paso entre la gente, que avanzando apresuradamente o detenida comerciando atascaban el flujo de la corriente y dispersaban a las personas en todas direcciones. Al final del pasillo descendimos unas escaleras eléctricas que no funcionaban y giramos a la izquierda, donde un montón de gente hacinada esperaba el metro, que llegó enseguida.

¡Qué suerte! Ven.

Nos unimos a la lucha por atravesar las puertas del vagón, logrando entrar justo cuando se estaban cerrando. Nos abrimos paso entre la gente acumulada en la puerta y esperamos de pie en el pasillo

sostenidas del tubo encima de nosotras. El metro, caluroso y apestoso, tardó varios minutos en avanzar, pero no se volvió a quedar parado en todo el trayecto. El vagón se fue vaciando a medida que pasábamos las estaciones y cuando pudimos sentarnos y observé a la gente a mi alrededor, noté que estas personas eran diferentes a las de la otra línea. Vestían ropas más desgastadas y con un estilo que me pareció de mal gusto. Al llegar a la última estación solo quedábamos unas cuantas personas sentadas. Descendimos y noté inmediatamente que la terminal no estaba bajo tierra, pero las antiguas paredes descubiertas que formaban la estructura de la estación habían sido parchadas con placas de plomo tapizadas de publicidad, propaganda y grafitis. A pesar del sonido obvio de los extractores y purificadores de aire en el techo, respirar era un poco más difícil y un olor ácido y humoso impregnaba la nariz. Caminamos mientras mi amiga sacaba dos pañuelos de su mochila. Me dio uno y se colocó el otro en la cara cubriéndole la nariz y la boca. Hice lo mismo mientras decía:

Mi mamá siempre hace esto cuando venimos aquí. Siento que sí ayuda un poco.

Después de subir unas escaleras amplias de caracol atravesamos un puente que había sido recubierto por completo con placas de lámina, algunas simplemente sostenidas con alambres. El viento soplaba sin piedad contra las láminas, haciéndolas resonar y azotando una en particular, que cada que se abría dejaba entrar un ventarrón de polvo y suciedad. La gente se aglutinaba y pasaba a empujones, entrecerrando

los ojos y evitando respirar hasta llegar al otro lado. Pero incluso el sonido de nuestros pies apresurados sobre el piso de aluminio se ahogaba entre los silbidos y las carreras del viento. Al atravesar el marco del puente y entrar de nuevo a la estación encontramos un salón muy grande, como una bodega rectangular mal iluminada, sin lámparas en el techo ni filtros de aire. Caminamos a la orilla de la plataforma, nos recargamos en el barandal y miramos los puestos debajo de nosotras desde el balcón, que deslumbraban como faros con focos enormes uno tras otro. Bajamos las escaleras y ya estábamos caminando entre los focos. Avanzamos por el pasillo tonteando entre los puestos cuando, mientras observaba un collar, mi amiga me dio un empujón con el codo y dijo:

¡Mira! ¿Ese no es tu novio?

Giré rápidamente extrañada y vi su cabeza sobresaliendo entre las demás al final del pasillo. Me quedé mirándolo en silencio confundida y entonces mi amiga comenzó a gritar mientras levantaba las manos:

¡Oye! ¡Oye!

Inmediatamente la tomé de los brazos y la regañé con la mirada. Él volteó, pero no pudo distinguirnos entre el montón de rostros cubiertos.

¿Qué puede estar haciendo aquí?

No sé, ¿habrá venido a comprarte un regalo también?

No creo. No es el tipo de persona que viene a un lugar como este.

Mucho menos por un regalo.

Dejé el collar donde estaba y avanzamos escondiéndonos entre los puestos de frutas, verduras y plantas en macetas. Caminamos detrás de él ocultas entre las demás personas más allá de los puestos de animales vivos y chatarra de la superficie, donde, en una de las esquinas que daban salida al laberinto de puestos y vendedores ambulantes, continuaba el camino por un túnel con rieles de acero en el piso. Era claro que por aquel túnel no había pasado un metro por lo menos desde la catástrofe, pero estaba lejos de estar abandonado. A los costados del túnel descansaban contenedores de carga que habían sido adaptados como cuartos, o quizá casas. Lo vimos entrar al túnel y antes de continuar tras él mi amiga me tomó del brazo y me miró con cierta compasión que no logré comprender en ese momento.

¿Estás segura de que quieres entrar ahí?

Quiero saber qué está haciendo. De seguro ese cabrón está fumando mota otra vez.

Cegada por mis emociones me desprendí del brazo de mi amiga, que caminó tras de mí rápidamente tratando de seguirme el paso. Los contenedores tenían en la puerta de entrada cada uno un foco colgando, como los puestos de más atrás. Pero estos, lejos de exhibir mercancías, iluminaban mujeres que esperaban coquetas y arregladas, sonriendo pacientemente sin insistir a nadie. La afluencia de gente aquí era mucho menor que la de los puestos detrás, pero aun así nos permitió movernos tras él sin ser observadas. Incrédula y aún con

esperanzas de encontrar un final satisfactorio, nos escondimos detrás de un contenedor y asomamos la cabeza por el borde. Lo vimos detenerse frente a un contenedor con una mujer trans con los labios pintados de rojo y un vestido del mismo color. Ambos se sonrieron e intercambiaron un par de palabras que no pude escuchar por la distancia. No pude comprender si ya se conocían o eran mis celos pintando un espejismo. Ella entró al contenedor sin mirar atrás y él la siguió cerrando la puerta. El pensamiento invasivo que realmente terminó de romper mi corazón fue que era más bonita que yo.

¡Permiso, permiso!

Caminé con los brazos en el aire sosteniendo la charola con comida, teniendo cuidado de no derramar nada y abriéndome paso entre la gente y los niños corriendo. Mi amiga se había quedado en la mesa apartándola mientras ordenaba y al llegar la encontré con la cara escondida entre los brazos, cubierta por su cabello e inmóvil. Al colocar la charola sobre la mesa me miró fugazmente y se ocultó de nuevo.

¿De verdad no vas a comer? Te compré una cajita feliz.

No tengo hambre. Pero gracias.

Verla triste me ponía triste. Acaricié su cabeza y la levantó para mirarme. Con los ojos llorosos y la voz quebrada me preguntó:

¿Por qué hizo eso?

El ruido de la gente platicando y los gritos de los niños jugando apenas me permitieron escuchar sus palabras. Tratando de ser compasiva, pero sin perder la sinceridad le respondí:

Ay, amiga. No es el fin del mundo.